José María Pumarino

ANGELS INC.®

AngelsFortune
[Editions]

COLECCIÓN
JOSÉ MARÍA
PUMARINO
ENTRE MUSAS Y DEMONIOS

Primera edición: agosto de 2020
© Copyright de la obra: José María Pumarino
© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

josemaria@pumarino.com

ISBN: 978-84-121691-0-2
ISBN digital: 978-84-121691-1-9
Diseño de portada: Annylú Mercado Fonseca

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortuneditions.com

Derechos reservados para todos los países
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

Gracias Cora

El instinto es un animal salvaje encerrado en una endeble caja de cartón…

—Me encantaría quedarme a vivir en esta ciudad, en esta habitación, no tener que vestirme ni regresar jamás.

—Para mí el lugar es lo de menos, lo importante es que estés tú… Conmigo.

—Sólo faltaría no sentir de repente esta angustia que se me cuela en el pecho por el miedo de que alguien nos descubra.

—Tranquila. Todo está bien.

—No te puedo negar que de repente me pongo nerviosa, tú lo notas, pero me ayuda mucho que siempre estés tranquilo, seguro.

—Todo es parte de este encanto, además, confío en ellos.

—¿En tus "Ángeles Guardianes"?

—Ajá…

—…¿Crees que si estuviéramos casados cogeríamos tan rico?

—Te recuerdo que ambos estamos casados.

—Si estuviéramos casados… Tú y yo.

—Mmm… No. Lo dudo mucho.

Ismael Salas aún permanecía en su despacho a pesar de haber transcurrido ya varias horas desde que todos sus colegas se habían marchado. Desaliñado, turbado, su porte distintivo parecía haberse ido junto con todos los demás.

De pronto había tomado la decisión de destapar la botella de Jack Daniel´s que tenía guardada en un sitio privilegiado de la cava de su despacho. Era una botella especial, ya que cuando la compró, un año atrás, le hizo la promesa a su suegro de abrirla hasta que tomara posesión como alcalde; brindarían juntos por el éxito. Empero, muy por afuera de sus planes, se había adelantado otro acontecimiento que bien ameritaba abrirla, aunque sólo fuera él quien tomara de ella.

Con parsimonia, derrochando el tiempo, se sirvió un vaso pletórico, sin hielo. El color ámbar, la fragancia elegante, armónica, fina, fueron detalles que en esa ocasión pasó por alto, sin importarle en lo más mínimo. Se bebió por completo el contenido en un solo y largo trago, de pie, sin saborearlo; ligeramente dulce al principio, ligeramente seco al final, como le gustaba. A pesar de eso, fue el trago más amargo de su vida.

Llenó nuevamente el vaso hasta el tope, con la vista clavada en la pared tapizada de fotografías familiares. Después, sentado en su mullido sillón de piel, contemplando la docena de portarretratos acomodados sobre uno de los muebles, donde aparecía con personalidades ligadas a su profesión que, de una manera u otra, lo estaban ayudando a impulsar su carrera. En el centro, en un lugar destacado, una foto de él con su suegro, cuando daba inicio la campaña electoral. Tendría un futuro prometedor, sin duda alguna, si todavía tuviera uno.

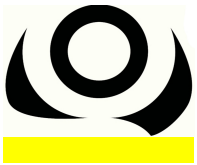
Se terminó la bebida nuevamente de un solo golpe y estrelló el vaso contra su título de abogado colgado en la pared. Se puso de pie, se acomodó el traje, se aseguró de que la carta recién escrita y firmada con su puño y letra se encontrara en el lugar correcto.

Observó con detenimiento cientos de imágenes atiborradas en su mente; tenía tantas cosas que decir, que sólo pudo quedarse callado.

Acto seguido: Dio tres grandes zancadas tomando impulso, se aventó por la ventana, la que daba a la avenida principal, conteniendo el aire para evitar que un grito lastimero se escapara de su garganta.

Esto no hubiera tenido mayor trascendencia, si su despacho no estuviera ubicado en el doceavo piso.

1



Su cuerpo entero languideció ante la brutal y salaz descarga que expulsó sin mesura, mientras su mente, sus sentimientos y su razón quedaban varados momentáneamente en un lugar no específico, pero alejado del mundo real. La bestia estaba sedada, temporalmente. Se dejó caer de lado sobre el colchón, casi al mismo tiempo un conato de calambre en su pantorrilla izquierda amenazaba con extenderse por toda la pierna; se puso boca arriba y la estiró. Era buena señal, los orgasmos intensos siempre le ocasionaban esa sensación.

El sudor de su cuerpo se confundía con el de su amante, haciendo de ambos uno mismo. Igual se lo secó con la almohada.

—¡Tu marido es un hombre afortunado, coges riquísimo! —farfulló entre dientes, convulso, tratando de recuperar el aire que por un momento había dejado de respirar.

—Mi marido es un imbécil —aseguró Rebeca con desasosiego, mientras le daba tiempo a sus sentidos para que se reacomodaran tras el zangoloteo emocional y físico que acaban de sufrir. Giró sobre ella misma, alcanzó la sábana y se cubrió el cuerpo, como si con eso fuera suficiente para esconder su vulnerabilidad momentánea. Sintió la necesidad de ser abrazada y mimada en ese momento, pero no dijo nada; cerró los ojos, abrazó con fuerza la almohada que tenía a un lado y, simplemente, trató de poner en blanco su mente.

Fabio quiso decir algo que la hiciera sentirse bien, pero no encontró nada adecuado en su escueta colección de frases bonitas, así que optó por concentrarse en sí mismo por un rato. “Cuando el sexo está satisfecho el cuerpo está en calma y el corazón a salvo”, se dijo a sí mismo en silencio, justo antes de que su mente sufriera un bombardeo con todos los pendientes que tenía ese día. Fue invadido por una acuciante necesidad de irse, pero se la aguantó por un momento.

Tras un eterno instante de letargo, ambos se levantaron y comenzaron a recoger su ropa que había quedado desperdigada por toda la habitación, sin ceremonia alguna, con más prisa de la necesaria. Cada uno, por separado, se duchó lo más rápido que pudo para arrancar de su piel el aroma de su encuentro con la clandestinidad de sus pasiones.

Rebeca optó simplemente por hacerse una coleta en el cabello, ponerse sus *pants* y lo básico de maquillaje, a final de cuentas no necesitaba de mayor *glamour*, pues como cada mañana “solamente había ido al gimnasio”. Por su parte, Fabio se arregló nuevamente para una junta con un importante prospecto a cliente, para eso tuvo que volver a planchar sus pantalones y su camisa.

Desde el elevador hasta el estacionamiento ninguno se dirigió la palabra, ambos iban ensimismados en su propia catarsis, en sus pendientes inmediatos. Se subieron al auto, un compacto gris, como miles de los que circulan por la ciudad.

Durante el trayecto, con el asiento inclinado hasta atrás, Rebeca aprovechó para hablar al salón de belleza, reservar su lugar, navegar en Twitter y actualizar su estado en Facebook. Fabio, con gorra de beisbolista y gafas, manejaba enfundado en una pose de “yo no conozco a nadie y si me reconoces no soy yo”. Veinte minutos más tarde entraban al estacionamiento subterráneo del centro comercial. Ahí se bajaron. Fabio dejó la gorra junto con las gafas en la guantera, las llaves arriba de una de las llantas delanteras.

—Nos hablamos —fue su escueta despedida, cada cual se dirigió a donde habían dejado su respectivo automóvil.

Fabio vio la hora, le dio gusto percatarse que bien le daba tiempo para desayunar antes de verse con su posible cliente. Telefoneó a su oficina:

—Buenos días Wendy. Un favor, avisa que pasen por uno de los autos… Al de siempre, el mismo, en el mismo lugar… Gracias. ¿Tengo algún mensaje?... Bueno. No olvides hablarme en cuanto llegue mi primo… Gracias.

En cuanto subió a su vehículo, un deportivo negro del año, destapó una de las botellas de agua que siempre traía, dio un largo trago mientras encendía el motor, prendió el radio, subió el volumen, se colocó las gafas y se puso en marcha, tranquilamente, sin percatarse que una camioneta, que había estado aparcada frente a él, comenzó a seguirlo.

No recuerdo exactamente cuándo comencé a sentirme así, invadida por una desesperación incrustada en mi pecho como un crustáceo a una piedra. Muchas veces he gritado en silencio, rogando ser escuchada por alguien antes de que toda mi vitalidad se inunde de tedio. Afortunadamente, creo que ese alguien ya lo hizo cuando más lo necesitaba. Por lo menos me gusta, quiero y necesito pensar que es así. Aunque no negaré que está esa vocecita entrometida, a la cual me opongo hacerle caso, que me advierte sobre la posibilidad de que únicamente se trate de una falacia creada en mi cabeza. Ojalá no.

Con el pretexto de orinar me levanto para ir al baño del restaurante, dejando a mis amigas y a mi hermana en pleno chacualeo. Al fin de cuentas, solamente las he estado oyendo sin escucharlas, mi participación se basa en unos apáticos monosílabos. Mi mente anda en otros lugares, con otra persona.

Al entrar al baño me encierro en uno de los cajones, enciendo el cigarrillo que le robé a mi hermana de su bolso, ignorando por completo el letrero de “No Fumar” que está frente a mi y me siento en el escusado cerrado. En ese momento, mientras reinicio con un vicio que se suponía había dejado, trato de rescatar todos los recuerdos que tengo de él, los enhebro con algunos otros que nunca sucedieron, aunque siempre existieron en mi mente como constante fantasía. Al poco tiempo escucho que Rosario entra, apago el cigarro y, antes de salir portando la máscara de tranquilidad que ocupo para situaciones parecidas, le jalo al agua solamente para no tener que explicar qué hacía ahí encerrada.

—¿Vamos a ir a comer juntas? Hoy es miércoles —me pregunta Rosario, mientras se acicala frente al espejo.

—Claro —respondo automáticamente, olvidando, más bien ignorando, la presencia de mi hermana, pues me concentro en la imagen de la mujer que tengo frente a mí.

Aunque el espejo aún no se ha ensañado conmigo, me pregunto cómo la edad pudo sorprenderme siendo tan joven. Estoy consciente que mi papel de mujer sensual podría estar anulado por mi condición de madre; sin embargo, creo que puedo rescatar mi protagonismo en tal escenario. Sin rayar en falsa vanidad, para haber tenido ya tres hijos no estoy tan mal. Las nalgas que me hicieron famosa en la universidad ya no están tan firmes como en ese entonces, pero tampoco han sucumbido por completo ante la fuerza de gravedad, al igual que mi busto, que está casi en su mismo lugar. Mi sistema integrado de flotación femenina es apenas perceptible, con ropa puesta, obvio. Pero no tengo celulitis, ni estrías. Creo que aún puedo gustarle.

—¿Puedes pasar por mí? —inquiere Rosario—, así vamos juntas a recoger a los niños a la escuela y nos evitamos el llevar dos coches, el tráfico es insoportable a esa hora —agrega, buscándome la mirada en el espejo.

—Me parece buena idea —respondo, sin mirarla.

—Te has comportado muy rara hoy, Brenda. Algo ocultas —me reclama.

—Estás loca. ¡¿Qué puedo ocultar?! —me defiendo ingenuamente, a sabiendas de que si alguien se va a enterar de todo esto, será ella.

El rostro de mi hermana dibuja una mueca muy parecida a una sonrisa, la misma que siempre sacaba a relucir cada vez que me descubría mintiendo. Salió del baño recordándome que no se iban a ir hasta que yo saliera. La sigo segundos después, con la firme convicción de ir a inscribirme al gimnasio en cuanto me despida de ellas.